Una Carrera Perdida

Javier de Viana

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7575

Título: Una Carrera Perdida
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 20 de agosto de 2022
Fecha de modificación: 20 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Una Carrera Perdida

Para Alberto Novión.

Más arriba de Concordia, sobre las barrancas que ponen valla al río, señoreábase la estancia del «Tala Chico», llamada así, quizá porque no habiendo piedras por ninguna parte, no existía en la comarca un solo tala, grande, ni chico: la idiosincrasia gaucha gusta de semejantes ironías, que hacen sonreír compasivamente á los «dotores», con la misma razón con que los gauchos sonríen, en burla respetuosa, ante el «Doctor» que precede al nombre de muchas calabazas.

El propietario de «Tala Chico», un criollo de ley, había muerto hacía un año, y como su hijo, único heredero, ahogaba la pena en el «Royal» y el «Casino» de Buenos Aires, la estancia quedó en manos de don Venancio, el viejo capataz, que estaba más gastado que esas tabas de oveja que sirven de botón en las colleras de bueyes.

El viejo don Venancio, ñandú criado guacho entre la empalizada de una esclavitud moral, tenía duros los caracuces y pesado el mondongo. Más que recorrer el campo, prefería quedarse en las casas, amargueando, churrasqueando, jugando al «siete y medio» y «prosiando» con los forasteros.

Como de joven, había servido de voluntario en una revolución oriental, enorgullecíase de ser blanco, y cada vez que caía á la estancia un oriental blanco, regocijábase, halagábalo y atestiguaba las mentiras heroicas del intruso, para, á su vez, presentar un testigo que confirmara sus propias mentiras...

—¿Vd. si acuerda cuando en Tacuarembó Chico corrimos la salvajada?

—No me vi á acordar!... Yo servía con el coronel Pampillón...

—Yo diba con Sipitría... Qué modo'é meter chuza!... ¿Si acuerda que había un cerrito con mucha piedra menuda, y después, un cañadón con unos sauces en los labios, que parecían bigote'é colla?...

—No me vi á acordar!—respondía el otro, sorbiendo el mate y echando una ojeada al asado.—Ahí al la dito no más, yo degollé un «zumaco» dispués de voltiarle el caballo en un tiro é' bolas de los de mi flor!...

—Pues á mí me acorralaron cinco ó veinte «churrinches» y me prendieron juego, y yo revolié la lanza y los desparramé como ovejas donde dentra un tigre... ¿Vd. no supo?...

—¡Pucha si supe!

Y así seguían mintiendo, buenamente, inocentemente, narrando cosas que hubieran querido hacer y no hicieron, ofreciéndose mutuo testimonio de la veracidad de los relatos y quedando al fin convencidos uno y otro, de que si aquello no ocurrió, pudo ocurrir. En tanto, el auditorio, gauchaje joven, admiraba.

Una vez—póngase cualquier época—se estaba organizando—digamos mejor, preparando—una revolución blanca, y la estancia del «Tala Chico» prestó albergue á media docena de cabecillas en tren de invasión, y el viejo don Venancio estaba á sus anchas con aquella gente, á la que hartaba de carne asada, mate cimarrón y caña aguada.

—Metanlé, metanlé;—decía—yo sé lo que son esas cosas!... Cuando hay pulpa, hay que enllenarse, por un por si acaso no se come en tres días!...

Y los futuros revolucionarios, que tenían buen diente y quizá

hambre atrasada, le metían cuchillo al sobrecostiilar de ternera, sonriendo ante la ingenua observación del capataz: en la Banda Oriental había vacas como mundo, y teniendo buen, caballo, lazo y boleadoras, cualquiera pasa un día sin comer... en tiempo de guerra!...

Entre los tertulianos, estaba Panchito Gutiérrez, peón de estancia, y su padre, don Protasio, una resaca,—«montón de güesos envueltos en una lonja»—un viejo gaucho que había peleado con las policías, siendo matrero, y había peleado con los matreros, siendo policía; que había recibido golpes de los potros, domando, y golpes de los oficiales, cuando lo domaban en un cuartel. Rarísima vez hablaba, y cuando lo hacía, cuidábase de no decir nada; era un vencido, un arruinado, una «garra»....

En cambio, su hijo, Panchito, se entusiasmaba oyendo los relatos bélicos, y ardía en deseos de acompañar á los revolucionarios, en su heroica empresa de ir á tirar tiros contra el gobierno, que, como todos los gobiernos, no permitía tirar tiros ni en Noche-buena. Uno de los cabecillas lo había entusiasmado aún más, diciéndole:

—Vea, amiguito; usted es joven, y si se siente con coraje pa jinetear el potro, que le albierto es bellaco, puede hacer carrera.

Panchito estaba decidido y había hecho sus preparativos en secreto. No tan en secreto, sin embargo, que no los hubiese olido el viejo, quien en el momento decisivo, lo cogió de un brazo, lo llevó á su cuarto, y con tono severo y cariñoso á un tiempo, ordenó:

—Vd. se queda aquí!... No tiene nada que hacer ni nada que ganar, peliando en tierra ajena!...

Y luego abundó en razones suministradas por su larga experiencia y el muchacho se resignó, sin convencerse.

—Ta bien, tata;—dijo—yo lo obedezco; pero coste que mi

hace perder una carrera!

—¿Una?—interrogó maliciosamente el viejo—No m'hijo: un montón de carreras y por cancha fiera, sin andarivel y con más aujeros que cangrejal!... Yo conozco el oficio!....

Javier de Viana

Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.